

# ATRAPADOS EN LA CALLE SALSIPUEDES

*Bonjour, tristesse...*  
(Paul Éluard)

(Ciudad Ajada. Un día cualquiera entre los años de mil novecientos nunca y dos mil tampoco.)

Regresamos a Ciudad Ajada siguiendo a Belarmo Floro, piccolista, inventor de sonidos e interesado en discernir las extrañas músicas que ondulaban entre las brisas oprimidas de la ciudad. A poco de llegar, un desconocido domador de palomas nos abordó en plena calle y sin más nos dijo que era volteriano, y con eso quería decirnos que era inocente, tan inocente como sus palomas, matizó. Sabedores de que todo volteriano es un cínico burlón, enseguida interpretamos aquel asalto como el desahogo repentino de un perezoso con la mirada dolorosamente apagada. Seguíamos al piccolista, que iba soplando su flautín de oro y llevaba una grabadora en bandolera, tratando de atrapar en ella los resultados musicales de su experimento. Lo primero que hizo, y nosotros tras él, fue asomarse a un sombrío jardín fuera del tiempo que, en un pequeño azulejo blanco, se anunciaba como *Colejio de recoletas*, anexo a lo que quisimos interpretar como una abandonada fábrica de conocimientos, lo que en otro tiempo llamaban *La Universidad*. A través del enrejado no vimos a nadie en aquel jardín sombrío, mucho menos niñas, ya fuesen recoletas o bulliciosas; tan sólo pudimos distinguir el arrullo de una pequeña fuente de agua lenta agasajándonos con un sinfín de sensaciones. A continuación, atravesamos el popular mercado de La Fontana. Allí se concentraba mucha gente, sí, pero aquella gente apenas participaba del enredo ofrecido por los ambulantes, con sus reclamos de atrevido verbo y sus músicas y sus cabras amaestradas y sus frutas de sartén y sus malabares y sus cortejos, y aquellos paraguotas techando los tenderetes... En la plazuela porticada del mercado se daba una representación de teatro costumbrista titulada *Iacolatorius ovetensis*. (*Opere buslesche*). No había más público que, en la primera fila, una señora emperifollada, una niña bostezante y, sobre la silla junto a la niña, una paloma distraída. Belarmo Floro recogió la representación en su grabadora y nosotros copiamos el siguiente fragmento en nuestra libreta de anotaciones viajeras. La obra tomaba estos derroteros:

## RECOMENDACIONES PARA UNA LECTURA CABAL:

Leer este texto dramático cantando tímidamente. Ha de usarse una escala monótona, como cuando se entona el estribillo machacón de una jaculatoria.

En un lugar semejante a Ciudad Ajada. Época: Siempre.

Personajes: A - 1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6

A: No importa...

1 (*Grita impositivo*): Silencio.

2 (*Susurrante*): Dice que no importa. Lo mismo da que se trate de una canción, un consejo o un rezo. No importa es el mensaje principal...

1 (*Interrumpiendo a 2*): Lo demás tampoco existe...

2: Me gustaría poder decir que mañana no importa para nosotros, pero para ellos, los incautos, tal vez sí...

A (*Desgañitándose*): No importa...

4 (*Sobrecogido*): Una luz... Ahí (*señala con el dedo la platea.*)

6: Un resentido... Ahí (*señala con el dedo la platea.*)

2: Un edil... Ahí (*señala con el dedo la platea.*) Un catedrático... Ahí (*ídem.*)

5 (*Con júbilo*): Oh, estamos a salvo. Nada se mueve.

1 (*Se afana en buscar con la mirada entre la platea*): ¿Dónde?...

2 + 3 + 4 + 5 (*Gimotean desesperadamente.*)

A (*Discursivo*): Nunca ha debido importar el qué ni el dónde porque nada es nadie y, temblorosa, mi boca llena de palabras acabará figurando en el elenco glorioso de la estupidez. (*Tocándose groseramente los genitales e irónico*): Ovetense de pro...

(*Pausa. Se dirige a los demás*): Ustedes ya nada importan. Váyanse, si pueden. Ustedes son el último grupo que me ha sido asignado y solo deseo acabar de una vez esta farsa agotadora para irme a descansar. En absoluto me importan ustedes ni sus prosapias...

(*Pausa.*) ¿A dónde iremos?... ¿Es que no hay final, maldita sea?...

*Pausa.*

1, 2, 3, 4, 5 y 6 *murmuran arbitrariamente y entremezclan ruidos guturales, suspiros, diversas voces de animales...*

A: Es la última noche. Ustedes serán expulsados de la pretenciosa estirpe local que les da calor y les ampara, malditos indiferentes, hijos del provinciano marquesito del movimiento anclado y de la tía Elisa al piano con visitas y picatostes de *anisette*...

Hablen cuanto quieran, pero aquí ya nada hacen...

*Silencio prolongado.*

6- ¿Es eso un himno, una oración o una bagatela?...

*Silencio.*

1: Lo que importa tampoco importa o viva el progresismo inmovilista.

2: Ahora como antes y mañana, amén...

A: Ustedes regresan siempre al mismo punto. Mudan la chaqueta pero se repiten. Las mismas palabras sin sustancia y distinta la máscara. Siempre cotorreando... (*Ladra, grazna, croa, ruge, rebuzna...*) Saben hasta qué extremo me disgusta su actitud y aun así la mantienen, se cuidan de hacérmela ver, les agrada airearla. Se pavonean...

(*Pausa.*) Oh, se recrean en la abulia. (*Arengando*): Tiralevitas de Ovieeedo, qué mieeedo...

*Risas y algarabía.*

3 (*Desternillándose*): Han llegado a Oviedo las ricas tartas de Mondoñedo...

*Más risas y algarabía. Silencio repentino.*

4: Cantemos antes de irnos...

2: Sí, cantemos con alegría...

*Voz en off*: Como ahora y en la hora de nuestra suerte, para siempre, Ovieeedo.

*Gong.*

A continuación nos dirigimos a la solitaria Plaza del Paraguas, donde un mendicante, hisopando al vacío con gestos melodramáticos, al vernos exclamó encolerizado: «Ya están aquí los volterianos, *verbum honoris*, traen consigo instrumentos de oro y el gesto de la extranjería, que vienen en busca de notas nuevas para la antigua música de Europa...» Imperturbable, Belarmo Floro siguió a lo suyo y nosotros tras él. ¿Qué estaría recogiendo aquella grabadora?... Finalmente, arribamos a la que en Ciudad Ajada llamaban, no sabemos si de modo oficial o bien por gusto popular, la Calle Salsipuedes. En ella nos recibió un barullo apresado a las locas, gente con aspecto de muertos puestos en pie, dos ángeles alicaídos apostados al inicio de la calle —nada que ver con el aspecto candoroso que muestran en el escudo de la ciudad, para el cual sirvieron de modelo—, concejales domésticos muriéndose de sueño, carrmatos en suspensión tirados por pajaritas de papel rumbo a la mentira, una estrella

desvencijada de la que había formado parte el alma de Julio César, beatonas de San Tirso absorbidas por el aliento ahogadizo de sus bisbiseos, un pensamiento caduco de Santa Eulalia como reliquia protectora contra los abismos extranjeros de paso hacia Compostela, dos niñas enfermas de cansancio y con calcetas de cabritillo compartiendo desganadas un mendrugo de pan de borona, catedráticos adocenados buscando el postín entre las pelusas de sus endogámicos ombligos, uniformes municipales con penachos blanquiazules esperando al hipócrita que se los enfunde en su propio duelo, el bombo rojo sin ruleta de un barquillero con chaquetilla blanca y el ánimo oprimido, afeados elementos de liturgia, estatuas con rarísimos efectos somníferos, las sombrillas del aguaducho anunciando la *Pepsi-Cola*, las siete últimas y desvalidas almas benditas del purgatorio, la peripatética tertulia chismorreando acerca de la otra tarde en la ópera, los versos fragmentados del poeta local con nombre de ángel, nasciturus acojonaditos ante las aciagas expectativas, gladiolos y crisantemos y nomeolvides a la espera de una declaración de amor, un luto, una conjura... Y, en fin, asomada entre las nubes, vimos una muchacha de ojos caleidoscópicos: era Lucy en el cielo con diamantes. Todo eso, y mucho más, nos recibió en aquella calle, en la que ahora nosotros también permanecemos atrapados. Buscadnos, pues, allí, en la calle Salsipuedes de Ciudad Ajada, o Almacén de los Olvidos Municipales, de donde solo se sale por obra del milagro.

Quizá lo que acabamos de contar emane de una extraordinaria ocurrencia, por cuanto los sonidos misteriosos de Ciudad Ajada son de naturaleza descarriada y embriagante. Belarmo Floro los guarda en su grabadora. Por si acaso.

(Publicado en el libro de arte *Ovetensia (Forma y verbo)*)